UN LUGAR PARECIDO AL PARAÍSO

PRÓLOGO

El pueblo es apenas un brochazo de cal entre montañas. Allá abajo, donde los cañaverales y los chopos, pasa el agua de la rivera con su manso rumor. Algunos veranos se estanca. Algunos inviernos torrentea. También los hombres hacen la huerta y la taberna que no parecen los mismos. Y las mujeres, con su ir a la fuente, el paso firme y sosegado; a ratos, sin embargo, tan bulliciosas y como faltas de ocupación.

Muchas otras cosas dependen de que sea verano o invierno. Cada estación tiene sus maneras, como trae sus flores y sus frutos, aunque haya que fatigar barrancos y encinares para encontrar algunos de ellos. Es el caso de las setas, de los madroños, de los lirios, de los arándanos, que hacen el noviazgo o las calamidades más llevaderos en cada tiempo.

Lo peor es lo que va de noviembre a los albores de marzo. Poco a poco se diluyen las íntimas gracias del otoño, como son los tonos rojizos del cerezo o el dorado temblor de la chopera, cuyas ramas se desnudan y se elevan al cielo, con un algo de piadosa desesperación. Es también tiempo de lluvias. Las que primero despiertan el humus del castañar en vaharadas de niebla, con su perfume agreste, y luego no traen más que barro. Un barro oscuro y espeso, intransitable; gran amigo, por cierto, del mus, del billar y de otras cosas salobres -como la envidia-. Y cuando deja de llover, el frío. Un frío seco que se mete en la carne con su aguijón de nieve.

Pero la tierra, aunque poco profunda por estas alturas, otra vez reverdece y todo lo vuelve a inundar de amarillos y malvas, azules y blancos silvestres; jaras y campanillas, menta y retama. Hasta el brezal, de altos páramos, extrae de su terca raíz la savia con que el monte se corona de púrpura.

El verano, en fin, es tan suave que se diría no hay más que una estación, de abril a octubre, con algunos festejos y amoríos, que a duras penas llegarán hasta la falsa euforia del mosto. En seguida, otra vez el otoño dorado. Y el invierno, largo invierno.